

las raíces es transparente, aboca al monoteísmo, mientras el ario, que lo oculta tras los sufijos flexivos, conduce a la personificación, a la metáfora, y de ella al politeísmo, que no es sino una enfermedad del lenguaje.

Pictet, a quien corresponde el mérito de haber descubierto el carácter indoeuropeo del celta, se propuso estudiar la vida cotidiana de los antiguos indoeuropeos a partir de su léxico, tal como el paleontólogo reconstruye la vida del pasado a partir de los fósiles. Llega así a la conclusión de que existió un monoteísmo original indoeuropeo, religión pura, patriarcal, como la que se había atribuido a menudo a los druidas. Este monoteísmo, perdido pero latente, era el que explicaba, en su opinión, la facilidad de la difusión del cristianismo entre los arios (idea que encontramos en algún historiador romántico español). Si bien los indoeuropeos son, para él, la raza superior, sólo alcanzan su máximo esplendor mediante el cristianismo, lo que justifica no sólo que dominen a los semitas, sino a los arios no cristianos, en la India.

El teólogo Grau, en cambio, defendió el semitismo, aunque sólo en su forma cristiana. Creía que este elemento semita era lo que impedía a los arios recaer en el paganismo y la barbarie consiguiente. Postuló la existencia de unas nupcias místicas, que unían a los semitas (elemento femenino) con Dios, y a los arios (elemento masculino) con la naturaleza. El cristianismo desposaba a los semitas, masculinos ahora, con los arios, cuya materia, prometedor pero bruta, informaba mediante el espíritu de la Iglesia.

Con Goldziher, por fin, se abre paso el estudio positivista de la mitología semítica, cuya existencia siempre defendió este autor frente a las teorías tradicionales: un pueblo sin mitología — dice — no puede existir, porque es su mitología, o idea del mundo, lo que hace que un pueblo sea tal. Arremetiendo contra el prestigioso mito de los Orígenes, defiende la influencia de la historia en la mitología: factores políticos le parecen haber determinado la transformación hebrea del mito en historia sagrada. Una evolución universal conduce, según él, a todo pueblo del politeísmo a la ciencia, pasando por el monoteísmo.

A través de estos autores se configura la idea de una pareja de razas, dotadas *ab initio* de misiones providenciales opuestas, que Olender cree ver simbolizada en el mito wagneriano de Sigfrido: una fuerza invencible, juvenil, angustiada por la ignorancia de sus orígenes, frente a una antigua e inmutable sabiduría, celosamente conservada, pero no susceptible de transmisión (sin la muerte de su detentor) e incapaz de obrar sobre el mundo. Olender nos proporciona así una nueva visión de la historiografía y de la filología románticas, que restituye a los textos la dimensión religiosa y fantástica de que fueron despojados en aras de la ciencia por lectores posteriores, y sin la cual no comprendemos ni su complejidad ni su porqué.

JUAN RENALES

RIQUER, Martí de: *Aproximació al «Tirant lo Blanc»*, Barcelona, Quaderns Crema, 1990, 319 pp.

Hacer la reseña de este libro implica una doble reseña: la del contenido del estudio sobre el *Tirant lo Blanc* y la del género ensayístico y crítico del Dr. Riquer. Comenzaremos por este último aspecto, aunque pueda parecer insólito ya que generalmente de un libro erudito se atiende prioritariamente a la materia estudiada.

Hay aún otro aspecto enunciado que podría rayar en desatino y nos hace anteponer el tratamiento del estudio a éste mismo: la referencia al género ensayístico y crítico cuando son ambos géneros muy opuestos. El ensayo de por sí es incompleto; precisamente lo define su informalidad

o superficialidad. Y en este sentido, nada más alejado del autor, que con rigor abarca el tema en su totalidad. Pero el ensayo también se caracteriza por su maleabilidad, en oposición al tratado. Y estos dos rasgos: ser exhaustivo —sin parecerlo— y ser dinámico —no anquilosado o estático— configuran este libro —y posiblemente, aún, el estilo docto y vivo del autor: la razón estriba en el mismo talante del Dr. Riquer, que no pretende ser erudito, sino acercar aquellos contenidos a un lector, al que ante todo ha de interesar. Como dice él mismo (en una entrevista en *El País*, 15 de noviembre de 1990), el objetivo es «proporcionar a una persona culta pero no especializada en literatura medieval, una persona que ha oído hablar de *Tirant*, pero no lo conoce, los elementos suficientes para leerlo, entendiéndolo el sentido, el marco y la intención de Joanot Martorell». Estas palabras suyas además expresan la función crítica, si por crítica entendemos el recoger y juzgar la obra a nivel de los valores estéticos y de las significaciones espirituales.

Vamos a referirnos ahora a estas significaciones. Propiamente el análisis de la fecunda y profunda novela —«filón inagotable» decía el titular de aquella entrevista— se concentra en dos enfoques: el *Tirant* como novela militar, en un planteamiento comparatista con fuentes y no fuentes, principalmente en base a los testimonios de Eiximenis, que avalan el elemento fidedigno de la novela. Y, en segundo lugar, el *Tirant* como novela de juegos de amor y de alegría, como obra plenamente vitalista y festiva, según el signo de los nuevos tiempos; por lo tanto, en contraste con la mentalidad medievalista y fiel reflejo del entorno valenciano de su época. He aquí, pues, nuevamente, el trazo realista como factor preponderante.

La interpretación del Dr. Riquer se basa —como es sabido— en la atención a la connotación histórica. Obviamente, cualquier hecho literario puede variar completamente su interpretación a la luz del sesgo que le otorgue un documento o un dato histórico. Esta connotación, indispensable como peana del texto literario, es especialmente interesante en este género, porque, si el mundo literario es siempre irreal, las circunstancias de la novela caballeresca —ya hemos aludido al hecho— son eminentemente reales. Realismo que, como insiste también el Dr. Riquer, es lo que diferencia a esta novelística de toda la narrativa anterior.

En cuanto a la metodología del investigador, no sólo cuenta positivamente el factor documental sino también la transparencia de la investigación. Al respecto, pues, son muy valiosas indicaciones como la de que tiene vaguísimas referencias de las prosificaciones inglesas del siglo XV del Guy de Warwick (p. 182); además de tener un efecto indirecto de incitar o abrir vías de investigación. Así, también, las rectificaciones respecto a anteriores trabajos, particularmente interesantes en lo referente a la intervención de Martí Joan de Galba en la gestación de la novela (p. 287-294), la cual ahora Martí de Riquer niega, negación que a su vez constituye una de las contribuciones más destacadas de esta obra en relación al *Tirant lo Blanc*.

Decíamos antes que el Dr. Riquer se apoya en el dato histórico. Pero no se trata de un mero dato, por lo general, sino de una lluvia de datos que, como saetas dispersas, dejan aquel punto —al menos, de momento— inmovilizado. Todo ello tiene un efecto obvio, no sólo en el lector —como veremos después— sino previamente en el autor. La tan sólida documentación y el fundamento histórico que proporciona conducen a una única significación interpretativa, que otorga al investigador un convencimiento, que en caso del Dr. Riquer es característica contundencia.

La convicción procede en ocasiones de la siguiente sistemática: el análisis de todas las posibilidades que contradicen a sus argumentos, como ocurre concretamente con el tema aludido de la autoría de Martí Joan de Galba.

La íntima comprensión de una obra provoca además en los estudiosos una identificación con el escritor —en un fenómeno de reciprocidad u ósmosis entre ambos, autor/investigador—, en cierto modo paralela al proceso con que se abre este estudio *Aproximació al Tirant lo Blanc*: al tan brillante y atractivo reflejo doble entre los caballeros de las novelas y los de la vida real del siglo

XV. No es de extrañar, pues, que veamos aquí al Dr. Riquer salir al paso de puntos que pudieran parecer vulnerables en la obra valenciana; por ejemplo, para los aspectos subidamente eróticos alega al *assag* provenzal o incluso los sermones de san Vicente Ferrer (p. 231).

No extraña tampoco, ante la abundancia de cifras que dispone y maneja, que pueda presentar auténticos y atractivos efectos de magia, que lógicamente reseña a pie de página, pero que lógicamente también no tiene por qué ocultar. Me explico: dispone de tantos datos y combinaciones que hasta el azar puede presentar interés. Como ocurre con la coincidencia de proporción de lectores de la edición príncipes (1490) y de la suya de 1979, que es de 909 y 910 habitantes por ejemplar, respectivamente (p. 241).

Sin embargo, he de advertir también que ante tan rica documentación y el buen uso que hace de ella el autor, quedan en cierto modo colapsados los que difieren en algún punto de su enfoque o añaden alguna perspectiva a aquellos planteamientos. Así, el Dr. Riquer mantiene que la genealogía del *Tirant* no ha de buscarse en la tradición artúrica, porque el autor tenía más presentes los caballeros de su tiempo (p. 13); y los que a la luz de algún factor tradicional —como la sombra de la *Mort Artu*, que indiqué en esta misma publicación en 1990— también otorgamos cierta importancia a este rasgo vemos frenada o ralentizada su posible relevancia. Porque el potente armamento del Dr. Riquer hace atrincherarse en un primer encuentro a los posibles oponentes.

Para acabar, concreto de un modo puntual algunos elementos constitutivos de esta obra, sean formales o funcionales indistintamente:

a) casi una tercera parte del libro consiste en la exposición resumida del argumento, ayuda imprescindible en obras de recorrido complejo. Este itinerario se acompaña de explicaciones paralelas, generalmente acerca del engranaje de fantasía y realidad de la novela. Así, por ejemplo, en el episodio del filósofo de Calabria —algunos casos, como éste y como es lógico, ya habían aparecido antes— aporta la tramoya literaria y la histórica, acorralando las posibilidades según los datos y según las reglas del buen sentido (p. 136);

b) el resumir con claridad. Sea el argumento recién visto, que no presentaría mayores complicaciones, y también sea en ocasiones complicadas, como con los enmarañados hilos que ofrece ya devanados en algunos excursos; así, en el que trata de la intrigante identidad del «rei expectant», en el de Guillem de Varoic o el de la dedicatoria de la novela.

Ello supone también una depuración de lo superfluo, que lleva, bien a conseguir extractos que son casi definiciones (pp. 93-94, los trazos finales sobre Martorell), si no fuera por el factor amenidad, al que me referiré seguidamente; bien a eludir lo que sería repetición con respecto a otras obras suyas. Así, no se extiende en la definición de géneros en la literatura de caballerías, que él mismo ha establecido, pero hace directamente patente con textos el idealismo de los libros de caballería (pp. 231-232) frente al realismo de la novela catalana (pp. 209-222);

c) el procedimiento de interrumpir con oportunidad o salpicar con detalles jugosos —recurso no sólo válido sino necesario en cualquier obra de estudio— hace valorar detalles de la obra que de otro modo pasarían inadvertidos en una lectura global del libro. Por ejemplo, la leyenda de la procedencia divina de las flores de lis de la casa de Francia (pp. 133-134). O bien los agudos chispazos de relación con el *Quijote*, dispersos a lo largo del libro;

d) algunos elementos implican al lector, sea por vía de la sorpresa o del humor. Así, éste en la alusión al que haya podido confundir los espinos de una estratagema militar (*espinacs*) con las verduras de este nombre (p. 214); y el primero, por ejemplo, cuando tras habernos mostrado los modelos antiguos y modernos del héroe en Roger de Flor y János Húnyadi, nos presenta su propuesta prioritaria a favor del gallego Pedro Vázquez de Saavedra (pp. 168-171). En este punto cabe indicar que presenta alguna variación respecto a la edición de 1979; así, al considerar a éste el «model viu» de *Tirant*.

Hablábamos al principio también de la técnica del Dr. Riquer. Que me precio en puntualizar que es un arte. Arte que está en la línea que introduce Martorell en la narrativa: la anterior al novelista catalán no asimilaba hasta ese punto el factor placer al de aprovechamiento didáctico. Ambos autores conocen bien el horizonte de expectativas de lectores —en cierta manera ya similares, ya burgueses—: realistas, racionales, y que en la lectura —por muy de aprendizaje que sea— buscamos el componente estético y además cierto relax. Como alumna del Dr. Riquer sólo añadir que quizá no era la persona más idónea para reseñar este libro, pues pesa sobre mí, al leerlo, la misma sensación que experimentábamos en sus clases, a la hora de las cuales no hacía falta quedarse en el patio o en el bar para pasarlo bien.

JULIA BUTIÑÁ JIMÉNEZ

LOSADA, Basilio: *Poesía Gallega de Hoy —Antología—*, Madrid, col. Visor, 1990, 37 pp.

De todo aficionado a la poesía peninsular es conocido el buen momento por el que atraviesa la joven lírica gallega. La publicación, en 1970, de dos obras fundamentales, *Conpólvora e magnolias* de Méndez Ferrín, y *Mesters*, de López Casanova, abre paso a un período de renovación y afirmación de esta poesía, sumida hasta entonces, y sin otros horizontes diáfanos, en los terrenos de la temática social que inició Celso Emilio Ferreiro.

Comienza así una etapa —coincidente con la recién nacida democracia— en la que, sin perder de vista a los maestros —como Cunqueiro y Manuel Antonio—, se busca devolver al lenguaje su protagonismo esencialmente poético. Nuevas y variadas voces se aúnan, pues, en la necesidad de atender a una revisión formal y cultural de la creación poética. El retorno a los «ismos» de los años veinte va a ser otro de sus objetivos.

Esta aventura de renovación, que sitúa a la poesía gallega en el albor de lo que se ha dado en llamar un «siglo de oro», cuenta con autores pertenecientes a la generación anterior, como el mismo Méndez Ferrín, y con un brillante elenco de jóvenes voces, cuyas primeras entregas han ido apareciendo entre el final de la década de los setenta y los primeros años de la siguiente. Estos últimos integran la antología que ahora comentamos.

*Poesía Gallega de Hoy* supone una importante aportación de la colección «Visor» al público lector de poesía. La edición —bilingüe— ha corrido a cargo del catedrático Basilio Losada. Este estudioso lucense, hoy afincado en Barcelona —en cuya Universidad imparte Literatura gallega, portuguesa y brasileña— lleva muchos años dedicado a la laboriosa tarea de difundir la literatura gallega fuera de su entorno autóctono. Son numerosas sus conferencias y publicaciones a este respecto, amén su magisterio crítico en la revista *Grial*. Varias han sido sus incursiones en el género de la antología colectiva en gallego. Anteriormente, nos ofreció *Poetas gallegos de postguerra*, 1971 (ampliación de la selección realizada para la revista *Claraboya*, en 1967, y que comprende principalmente a autores nacidos entre 1930-1940), y *Poetas gallegos contemporáneos*, 1974, once en total, en un período que va desde los años veinte y la vanguardia hasta la presente edición.

En su prólogo, Losada se acerca someramente a la historia de estos últimos años, previo un mínimo balance de la época anterior. Habla el antólogo del acontecimiento editorial de 1976, de la aparición de colectivos como Rompenle, Cravo Fondo o Alén, de las nuevas tendencias. Pese a insistir en lo ínsito dispar de cada uno de los antologizados, Losada incide en una serie de características que ayuda a reunirlos: el redescubrimiento del erotismo, el culturalismo, la valoración del lenguaje y el interés por la obra de autores portugueses. A esto podría añadirse la